



Cuento Viajero



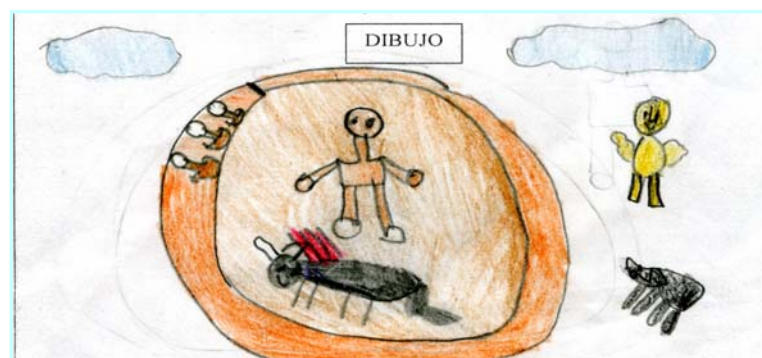
Alumnos y alumnas
de
4ºA
Curso 2008/2009

CUENTO VIAJERO

Este es un cuento de miedo que me contaron en Ronda y el que tiemble que se esconda...

En este pueblo vivían un torero, llamado Juan Pepe, que mataba un toro en un periquete, un pollito llamado Pepito, que volaba como un mosquito y un ratón, Pepote, que se afeitaba los bigotes.

Alrededor de la plaza de toros, un buen día, Pepito y Pepote, que eran amigos, se encontraron con Juan Pepe que salía por la Puerta Grande de la plaza, después de haber cortado dos orejas y un rabo durante la corrida que se acababa de celebrar. Al darse cuenta de su valentía, ambos amigos decidieron hablar con el torero para que les ayudara a llevar a cabo el rescate de una amiga de Pepote que se había quedado atrapada en una biblioteca de la isla de Katmandú.



Al escucharles, el torero Juan Pepe les dijo que iría con ellos si antes les pagaban. Pepito y Pepote lo tuvieron que pensar y entre los dos decidieron que lo aceptarían. Juan Pepe, muy contento, preparó las maletas y metió sus zapatos, pantalones y camisetas y un momento después....



Se escurrió tras sus pies un ser diminuto que sin hacer ruido se metió en la maleta. Cuando cruzaron el mar y llegaron a la orilla buscaron un refugio. Cuando Juan Pepe abrió la maleta para cambiarse de ropa, se encontró un pequeño hombrecillo dentro de un calcetín.

-¿Quién eres tú? Preguntó Juan Pepe dando un salto hacia atrás.

-Soy Rufino ¡y me gustan mucho los pepinos!

-¿Y tú quién eres?

-Soy Juan Pepe el torero y estos son mis amigos, Pepito y Pepote y vamos de viaje hacia la isla Katmandú.

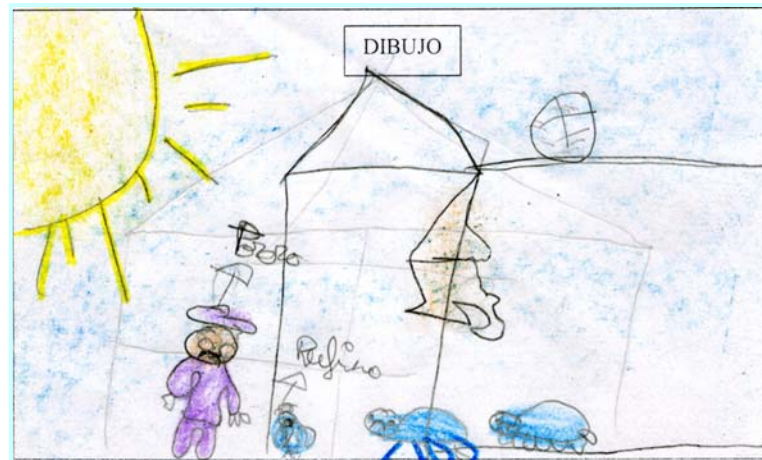


Cuando llegaron a la isla, todos juntos fueron al Ayuntamiento para hablar con el alcalde y explicarle el motivo de aquella visita.

-¿Nos puede dar las llaves de la biblioteca?

-¿De la biblioteca? ¡Es imposible! La puerta sólo se puede abrir con una contraseña que nadie excepto el bibliotecario, desaparecido misteriosamente hace unos días, sabe.

Todos salieron muy tristes y pensativos del Ayuntamiento y de pronto exclamó Rufino: ¡Tengo una idea!



-Podemos dar un gran premio a quien nos diga dónde se encuentra el bibliotecario. Al rato se acercaron dos hombres con caras misteriosas y les dijeron que sabían dónde estaba. Les dieron el regalo y se fueron. El hombrecillo Rufino se había metido en un bolsillo de uno de los hombres para investigar, pues no se fiaban de ellos.

Llegaron a una casa muy rara y deshabitada donde estaba atado el bibliotecario. Cuando Rufino observó la situación intentó escapar. Decididamente saltó del bolsillo hacia una mesa y de ésta hacia el borde de una ventana y así saltó hacia fuera. Salió corriendo tan rápido como podía y no se dio cuenta que el hombre más feo le perseguía. Al ser Rufino más pequeño, el hombre le sacaba ventaja y Rufino veía que el hombre le agarraba con sus enormes manos.

En ese momento los compañeros que habían ido en su búsqueda en un globo que les había prestado el alcalde, le agarraron por los pantalones y le salvaron de aquel feo hombre. Mientras volaban....



Rufino contó a sus amigos todo lo que le había ocurrido y cómo escapó hasta que llegaron ellos y le ayudaron. Todos montados en el globo se dirigieron a la isla Katmandú. El alcalde y todos los miembros de la isla les habían preparado una gran fiesta y un banquete de bienvenida, recibieron halagos y felicitaciones por haber salvado de esa manera a Rufino, al que tanto le gustaban los pepinos. Los tres amigos, Juan Pepe el torero, Pepito el pollito y Pepote, el de los bigotes, se abrazaron y se echaron a reír felices. De repente...



Escucharon un ruido, miraron al cielo y vieron una avioneta con unos hombres encapuchados, fueron a por el globo y les siguieron. Les llevaron a una mansión en el norte de Kantandú, donde estaba el bibliotecario. Lo tenían amarrado con cuerdas conectadas a una alarma que desactivaron los tres amigos Juan Pepe, Pepito y Pepote, cuando los secuestradores se fueron y dejaron el campo libre para salvar al bibliotecario. Cuando le desataron les pidieron la contraseña de la biblioteca, pero el señor bibliotecario dijo que antes tendrían que hacer algo más:

-En primer lugar tenéis que salir de Katmandú, ir a la isla de Dutankam y excavar bajo la piedra sagrada que está situada al sur de la isla.

-Debéis encontrar un medallón en forma de círculo que encajará en la cerradura de la puerta de la biblioteca. Será entonces cuando podáis utilizar la contraseña que luego os daré.



Los tres se pusieron en marcha una vez preparado el globo. Cuando llegaron a la isla Dutankam excavaron bajo la piedra y encontraron el medallón. Pero antes de poder cogerlo los enmascarados de la avioneta llegaron nuevamente porque su objetivo había sido siempre conseguir el medallón para abrir la biblioteca y ver a la amiga de Pepote. A pesar de que les obligaron a que se lo dieran, pudieron lograr escapar con el medallón.



Volando en el globo, Juan Pepe dijo:

- ¡Hemos logrado escapar de los encapuchados, por los pelos!

Y cuando llegaron de vuelta adonde estaba atado el bibliotecario éste ya no estaba y creyeron que había escapado. Dando vueltas por Dutankam se encontraron una pequeña hada que estaba sentada en una roca al lado del río llorando y Pepote preguntó:

-¿Qué te pasa?

El hada contestó:

-Que se me ha agotado el polvo de hada de las alas y, aunque lo puedo conseguir buscando una flor morada, no la encuentro.

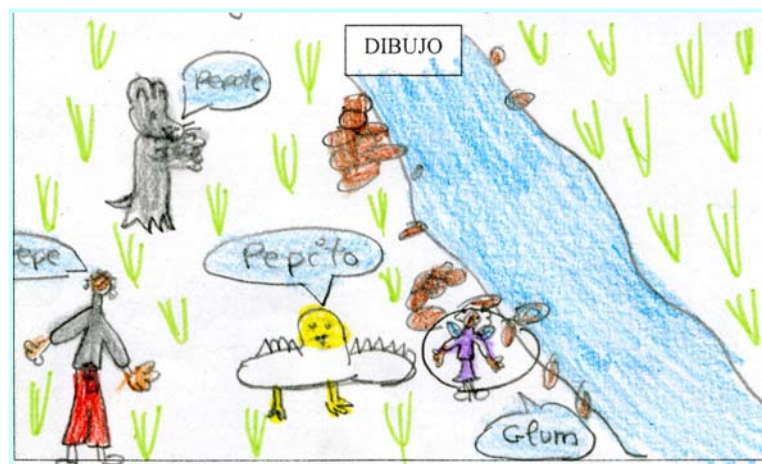
Los tres amigos le dijeron a la vez:

- ¡Nosotros te ayudaremos a encontrar la flor!

Pepito le preguntó al hada cómo se llamaba y ésta le contestó:

- Me llamo Glum ¿y ustedes?
- Yo Pepito.
- Yo Pepote.
- Y yo me llamo Juan Pepe.

Todos siguieron buscando la tan deseada flor para ayudar al hada.



Los cuatro iban por un camino y al rato encontraron a un hombre y Juan Pepe le preguntó:

- ¡Oiga, por favor! ¿podría decirnos si sabe dónde se encuentra una flor morada?.
- Ese tipo de flores se encuentran en la cima de la montaña, pero tenéis que ir rápido porque allí hay un ser muy raro que devora todas las plantas del mundo mundial.

El hombre se fue y Pepote añadió:

- ¡Venga, vamos rápido ya habéis oído lo que ha dicho!

Cuando llegaron a la montaña encontraron una cuerda con la que pudieron subir a la cima, entonces por fin la encontraron, pero al ser raro no lo vieron. El hada echó el polen en sus alas y mientras cobraba efecto, apareció el ser raro y les persiguió diciendo que las flores eran suyas. Entonces el hada dijo:

- ¡Corred, agarraos a mis pies que ya puedo volar!

Cuando llegaron abajo, Pepote preguntó a Glum:

- ¿Tú sabes dónde se encuentra el bibliotecario de Katmandú? Es que necesitamos que nos diga una contraseña y no le encontramos.





- Yo no lo sé -contestó Glum-, pero conozco unas palabras que al repetirlas tres veces podremos ver a la persona que deseemos.

- Repetid todos: ¡ajú, ajú a lo alto subes tú!

Glum se equivocó de palabras y todos salieron volando.

Desde las alturas, Pepote dijo:

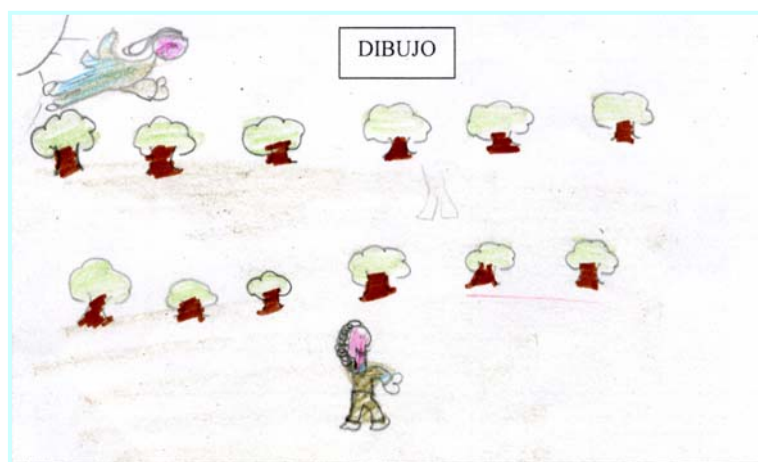
- ¡Mirad, ese es el hombre al que estamos buscando!

Entonces, el hombre echó a correr. En esto, Glum pronunció otras palabras:

- ajú, ajú, abajo vas tú!

Todos recuperados del aterrizaje forzoso realizado sobre un hormiguero gigante, no paraban de rascarse por todo el cuerpo. Tanto se rascó Pepote, que se le cayeron los bigotes.

Cuando quisieron darse cuenta miraron y miraron y al bibliotecario no encontraron.





Mientras caminaban encontraron a una persona con cara de mona a quien preguntaron por él, pero esta persona macabra no entendió ni una palabra. O sea, seguían sin encontrar al bibliotecario.

Desolados porque no lograban encontrarle, Juan Pepe, Pepito y Pepote se despidieron del hada y se volvieron a Katmandú para preguntar al señor alcalde si habría otra forma de poder localizar al bibliotecario. En esto, Rufino, que se había enterado del regreso de los tres amigos, llegó diciendo que acababa de ver al bibliotecario montado en un monopatín, cuesta abajo, de culo y sin frenos por la calle principal de la isla. Todos se quedaron “cuajaos”, pensando qué hacer a continuación....

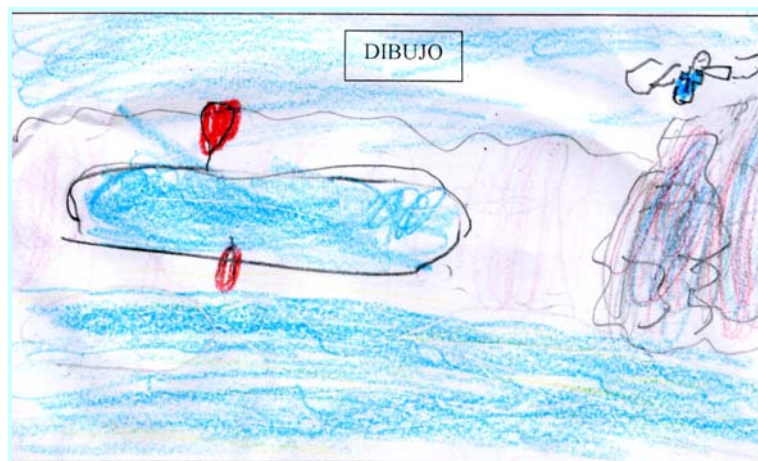
Mientras tanto, el bibliotecario lo que quería era esconderse para que no le encontraran porque los encapuchados le habían amenazado con cortarle los dedos de los pies si decía la contraseña.



La única ventaja que pensaba que sacaría con todo era que los zapatos los compraría dos tallas más pequeñas, por lo demás, le dolería muchísimo, por eso siempre huía o se escondía.

Antes de que todos pudieran darse cuenta, Rufino siguió al bibliotecario hasta un lugar apartado donde había muchas rocas. Se ocultó y observó cómo ese señor bajaba por las rocas hasta el agua. Allí había un barco amarrado donde parecía que vivía.

Rufino se dio prisa en ir a contar a los demás lo que había visto. Se animaron tanto que regalaron a Rufino un kilo de pepinos.



Muertos por la curiosidad, decidieron ir al lugar que les había indicado Rufino. El bibliotecario se encontraba en la cubierta del barco y por eso todos se escondieron tras las rocas pensando cómo llegar a él sin que escapara.



Pero en un descuido Pepito, que llevaba en el bolsillo el medallón, resbaló y cayó rodando por las rocas hasta que se sumergió en el agua.

- ¡Socorro, no sé nadar! (gritaba Pepito).

El bibliotecario, a pesar de no querer que se les acercaran, no pudo contenerse y se tiró al agua para ayudarle.

Todos en el barco preguntaban a Pepito si se encontraba bien y al bibliotecario si estaba dispuesto a decirles la contraseña.

Ahora existía otro problema: disponían de la contraseña, pero no tenían el medallón, que se había salido del bolsillo de Pepito cuando cayó al mar.



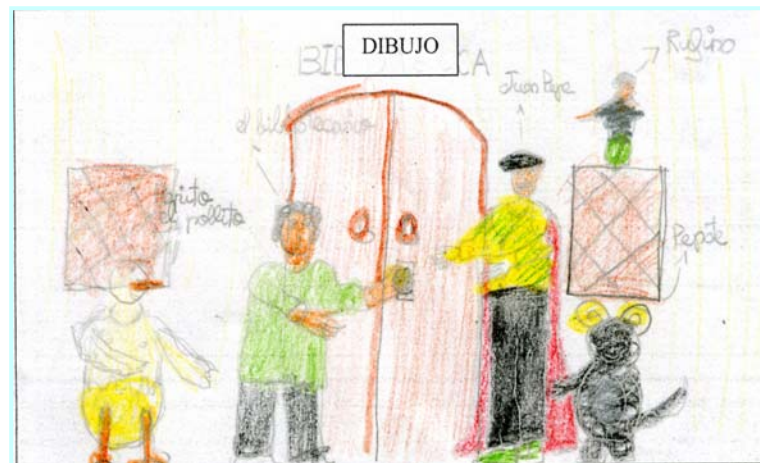
Desolados por tan inesperado contratiempo, nuestros amigos no supieron reaccionar. Pero Juan Pepe, que mataba un toro en un periquete, recordó la magia del hada para corregir cosas y dijo:

- ¿Pronunciamos las palabras mágicas de Glum a ver si vale el proverbio?
- ¿Cuáles palabras? (preguntó el bibliotecario).
- Síííí (exclamó Pepote). Algo así como: “Ajú, ajú, del agua sales tú”.

Entonces el medallón emergió del agua flotando y Pepito lo cogió rápidamente.

Con el ansiado objeto en su poder decidieron poner rumbo a tierra. Rufino, que era muy curioso, se sentía intrigado por saber cuál sería el motivo por el que había sido secuestrado y maniatado el bibliotecario.

Era todo muy raro. El bibliotecario explicó entonces que en el edificio de la biblioteca había un tesoro que podría dominar a muchas personas. En ese momento llegaron a la puerta de la biblioteca, el bibliotecario insertó el medallón en el hueco de la puerta y exclamó: “LAMPADÚ, LAMPADÁ, escrito está y pronto se verá”.



Ninguno de ellos dejaba de mirar la puerta a ver si se abría. Volvió a repetir las mismas palabras y seguía sin dar resultado: la puerta no se abría. Volviendo a repetir la contraseña, el bibliotecario se dio cuenta que había cambiado algunas palabras, por lo que volvió a pronunciar de nuevo la contraseña rectificando su error. Entonces esta vez exclamó: “LAMPADÚ, LAMPADÁ, cerrado está y pronto se abrirá” y esta vez sí que la puerta se abrió.



Todos se quedaron boquiabiertos al ver grandes estanterías llenas de libros; había cientos y cientos de ellos. Pepote comenzó a llamar a su amiga Lolita, la que más grita, y enseguida salió ella de detrás de una estantería, se abrazaron tod@s muy contentos preguntándole a la vez qué había hecho encerrada allí tanto tiempo. Les contestó que había estado leyendo.

- Por cierto (dijo Juan Pepe), ¿y dónde está ese gran tesoro?

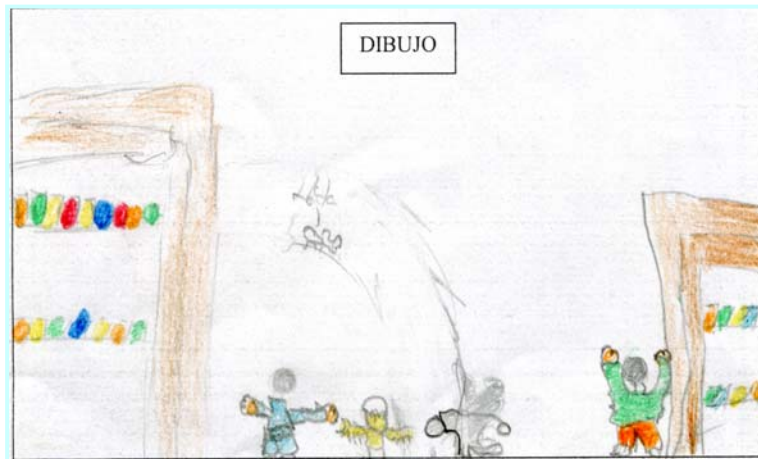
El bibliotecario contestó: -¡Esto es el gran tesoro! Los libros son el bien máspreciado que tenemos los habitantes de Katmandú, los hemos ido heredando de padres a hijos.

Se fueron corriendo a contárselo a todos los habitantes y al alcalde, el cual les dijo que iba a hacer una gran fiesta.



Por la noche hicieron el banquete donde comieron sardinas y chanquetes, bailaron hasta la mañana muchas sevillanas... Se despidieron con cariño y la esperanza de volver a verse algún día.

Y regresaron a Ronda y el que haya temblado, espero que se haya tranquilizado.





*Y colorín, colorado,
este cuento viajero se
ha acabado.*